

LA COLEGIATA DE AMPUDIA.

Las transiciones que se verifican en las artes son hijas de los períodos progresivos que la civilización va marcando á la humanidad en su camino. Por eso cada época artística tiene sus formas caracterizadoras, y presenta indelebles rasgos de filiación y circunstancias. Y se nota mas particularmente esta cualidad en las construcciones elaboradas en las grandes peripecias, en los tránsitos de una á otra era. El edificio ostenta entonces un semblante misto, que retrata fielmente la confluencia de dos tiempos, y el contraste de dos tipos incoherentes, destinados á la separación. Consiste esta mezcla fortuita en que las evoluciones del espíritu humano, lo mismo en las artes que en todo cuanto se regula por su acción, no son obra de un día ni producto de efímeras y momentáneas causas. Los sistemas del entendimiento son para los siglos lo que las costumbres para los individuos. No basta querer la mutación, para que se verifique. Ni se desarraigan en un punto cosas con las que están conaturados el gusto y el sentido, y que llegan á formar parte del modo de existir. Todas las grandes transformaciones tienen que pasar por el laboratorio del tiempo, y en sus crisoles se depuran de los vestigios bastardos, que son el precipitado postrero de las edades y de los usos precedentes. Y cuesta muchos años, y á veces no pocas oscilaciones, el establecimiento de la innovación sobre el terreno perdido por la fórmula enduca y fugitiva. En filosofía, en política, en todas las regiones de la ciencia se observa esa eterna sucesión, esa cadena de vida y de mejoramiento, que acaso es la clave absoluta de la historia. Pues las grandes guerras, los trastornos sociales, las expediciones gigantescas de los conquistadores, las emigraciones de los pueblos no son mas que el resultado visible de aquella continua operación, que se elabora en los senos de la inteligencia. No de otro modo las corrientes de aire conllevadas en el fondo de los mares para los fines de la Providencia, cuando traban hondísima lucha, salen á la superficie de las aguas en

crispas ondas y agitados borbotones, que turban la calma del horizonte y llenan de pavor al navegante que á pasar acierte por entre sus peligrosos abismos. Pero donde mas y mejor se percibe esta marea constante del movimiento humano es en las artes, por una razón sencillísima. El campo de las operaciones científicas es todo de especulación y exámen ideológico. Solamente pues los espíritus cultivados y peritos en sus metafísicos discernimientos pueden hallar la forma del pensamiento en su gradación y modificaciones. Pero el terreno de los artistas es de la jurisdicción de los sentidos, y se presta á la observación universal. La idea se presenta revestida de formas materiales, cuya apariencia está en completa analogía con su principio esencial. La ciencia, en suma, es una abstracción, las artes un espectáculo. El procedimiento es diverso, por mas que sean iguales la tendencia y el resultado. Y conviene además, como decíamos antes, en la lentitud con que operan los tránsitos de su perfeccionamiento, y en los rastros que tras sí dejan los métodos anticuados en el gérmen de las mejoras que les sirven de sustitución en la senda de la vida universal. Este fenómeno presenta con elocuente evidencia el monumento de que tratamos hoy, y forma su tipo artístico, su cardinal fisonomía.

Producto la Colegiata de Ampudia de una época en que la arquitectura realizaba una de sus más importantes transformaciones, al tenor de la marcha social, presenta el arte que acaba y el arte que empieza en accidental y mistiforme amalgama. Es un engendro de dos razas, que manifiesta la duplicidad de origen en la ambigüedad de su aspecto. Cuando la escuela romano-bizantina estaba alumbrando con los últimos resplandores la monarquía española, y cedia insensiblemente el puesto al arte ojival en los términos postreros del siglo XII, merced al inmenso movimiento que entonces experimentó la cristiandad del Occidente, se levantaron en el país varias edificaciones mas ó menos notables, y entre ellas esta respetable iglesia colegial.

Consta el edificio en su distribución interior de tres naves y el ábside. El gusto de la decoración es gótico en general, pero con algunas reminiscencias del estilo lombardo, y tan lleno de reparos, cestas

y añadidas, que presenta una fisonomía anómala y multifórme. Debió la obra principiar por la capilla absidal y la nave ondrina, según los rezos bizantinos que se notan en aquella, y que son los más antiguos, y en el coro. Después vinieron en las otras dos zonas los renuevos del gótico en todas las variaciones de su expresión. Pero es incomprensible la mezcla y falta de orden que reinan en la colocación de semejantes adiciones. Ya es un ángulo de bóveda, ya un trozo de cordón, ya algún capitel de las bases, que tiene a su lado otros de diversa época y contradictorio tipo. No parece sino que un profano al arte tomó porción de fragmentos de arquitectura, y les arrojó á ciegas sobre paredes y techumbres, donde quedaron colocados á merced del acaso. Y más bien puede la iglesia ser comparada á un mostio informe, construido con las ruinas de muchos siglos, que á una construcción ordenada y de unidad sucesiva. Dividen las tres naves dos órdenes de arcos iguales de maciza y pesada traza, como todo lo que pertenece á la primera época de la obra. Las bóvedas están fabricadas con dobladas de piedra, en forma elíptica, y guarnecidas de toscos y fuertes arístones. Entre las varias capillas que desembocan sobre las naves laterales, la parroquial, que tiene algo de estilo plateresco, y la de la Concepción, que pertenece al gótico decadente, fueron reparadas en 1787. El retablo mayor corresponde al Renacimiento, dorado en 1670, con varias obras de escultura. Sobre la mesa del presbiterio hay un antiquísimo sepulcro de piedra con torso bulto y vistosa leyenda, perteneciente al bajo gótico, y que debe ser de alguna piadosa y noble mastrona; y otro del gótico degenerado está en la capilla de la Concepción.

La perspectiva exterior del templo, como se ve en nuestro dibujo, ofrece de particular las portadas de N. y M., que son obra del buen gusto ojival, y la torre, que domina la masa del edificio, y que vista de lejos despunta entre las confusas lontananzas como el ciclope de Virgilio sobre el fondo del mar. Su estilo artístico pertenece á la segunda Restauración, aunque con ciertas huellas y mal curados resabios de Barroquismo en varios accesorios de la exornación, que oscurecen un tanto el tipo romano de la decoración, y producen poca depuramiento de gusto en el conjunto, que representa exactamente las piezas de un adorno en apilamiento piramidal aglomeradas. Consiste de tres cuerpos. El primero es un cuadrado robustecido con ocho estrichos sobre los ángulos vivos, coronados de flameras en estrichos pedestales, y encima del cual corre la balaustrada, entre pilastras sobrepuestas de jarrones pareados en los frentes. El segundo hace un pedestal de diez fustes, resaltado por medias pilastras toscanas, perforado por arcos hemicírculos y terminado por floreros. Y forma el tercero, alzado en un plano circuido de iguales adornos, un cono barrado de juaquillas con sartas de perlas, y coronado por tres bolas abultadas para sustentación de la veleta. El aspecto general aparece recargado por la multitud de jarrones, urnas y remates de bastardo estilo, que hacen el perfil pesado y difuso, y que son el contrasentido de la obra, el defecto ostensible de su combinación, como lo es asimismo el plinso cónico del último tramo, perteneciente al modelo gótico del templo, y que forma ángular contraste con los demás cuerpos y con los adornos modernos, que le ahogan en rededor. Tampoco son exactas sus proporciones, y por esto parece la aguja menos esbelta y airosa de lo que exige la forma piramidal. La ejecución, aparte de eso, es bastante buena, la traza arquitectónica de los alzados tiene buen sentido, y en varios toques no deja de haber corrección. Con menos jarrones y pedestales, con cierta economía de ornatos accidentales, valdria seguramente mucho más. ¡Lástima que el arquitecto cargara sobre una fecha de regular entre la ampulosa balumba de tales dices y penachos, cual pudiera hacerlo una novia lugareña, que se echó encima todas las galas del cofre en abigarrada exageración!

La fisonomía del monumento revela bien la época de su construcción. Ruda como la guerra, menesterosa como el arte naciente, adusta como la creencia primitiva, tiene en sí todas las rasgos de aquellos siglos. No podía ser de otra manera. Las fronteras de nuestra monarquía estaban reducidas á cortos límites; la nación volvia pensativamente en sí de una inmensa catástrofe; la sociedad estaba empeñada en una lidia tremenda de nacionalidad y religión; el arte, perdido en el desconcierto general, empezaba una nueva existencia, desde que le fué de D. Pelayo emprendió en las montañas la cruzada colosa; toda era, en fin, pobreza, rusticidad y lucha. Sin recursos, sin espacio, casi sin tradiciones artísticas, las obras de aquel tiempo se resienten de una azarosa situación. Es por demás curioso observar la marcha de la arquitectura sagrada al tenor del engrandecimiento de la restaurada monarquía. Empezando por los templos simbólicos de Asturias, donde se ve renacer el arte de entre las ruinas de la civilización Goda, y entre las oscuras reminiscencias Astigicas y Láticas, viene luego la arquitectura desahucada de los vestigios pómicos del Bajo Imperio, y toma poco á poco las trazas germánicas, desplegando su vuelo el impulso del incremento nacional. El humilde y sombrío santuario de Cantabria, con su cripta misteriosa y su pórtico sajón, se transforma

en los deslumbradoras basílicas de León y Sevilla, con sus flechas de escaje y sus naves perdidas en la inmensidad. En esta vistísima escala, recorrida por el genio, tiene delineada el arte cristiana la progresión de su existencia, y marcados uno á uno sus grados de desarrollo, madurez y término, pero siempre por las huellas de nuestra herencia social. Es una analogía íntima y perenne. Cada templo es una página de la crónica de su edad. La Colegiata de Ampudia refleja bien el estado de aquel tiempo.

Mas aunque de tan antiguo construida, que alcanza lo menos al siglo XIII, en el primer ensayo del arte ojival, no fué erigida en templo colegiado hasta tiempos mucho más cerca de nosotros. Por los años de 1608, el señor D. Francisco Sandoval y Rojas, duque de Lerma, durante su privanza con Felipe III, trasladó á esta iglesia la Colegiata establecida en Uxilla. No se aviene esta versión muy bien con la pretensión que hace á esta villa sede episcopal desde el siglo IV, y que supone prelados de ella en principios del siguiente á *Odila, Gerundiana, Claro é Isignó*. Parece un poco larga la fecha, y no hallamos en Ampudia ninguna antigüalla que preste autenticidad á semejante tradición. Todo hace presumir lo contrario. El templo, en primer lugar, no tiene las formas características de las catedrales góticas; pues le falta la prolongación de las naves laterales en redor del abside, que suele constituir un claustro corrido para las procesiones interiores; carece tambien de patio claustral, de trascoro y de otros pormenores técnicos. La colocación del coro, el carácter mezquino de la sillaría, la carencia del pasadizo abalaustrado entre su verja y la del presbiterio, y todo en suma demuestra que el templo no fué edificado para el servicio de la dignidad episcopal ni del capítulo canónico, sino única y absolutamente para la parroquialidad. Por otra parte, es un contrasentido que desde los romanos hasta la traslación tuviese obispo propio; y que despues de esta, precisamente cuando habia adquirido categoría colegial, quedase no mas que con un simple abad mirado, menor en potestad y jerarquía. Presidia este funcionario el cabildo, compuesto en la época de la traslación de diez y ocho piezas, á las cuales se agregaron quince beneficios curados, que tenia la villa de provision patrimonial, llegando por consiguiente á treinta y tres las plazas capitulares. El patronato de esta iglesia pertenece hoy á la casa duca del Infantado, que ha provisto las sillas originarias hasta la supresión por el último Concordato, que reduce la Colegiata á la clase de parroquia principal. El abad ejercia jurisdiccion quasi episcopal, con alzada á la Nunciatura, y comprendia en su marco las poblaciones de *Ampudia, Uxillas, Calabazanos, Valoria de Alcor y Villadacia*, teniendo cinco parroquias, tres conventos y varias ermitas, alguna de celebridad notable.

Merece pues el templo de *Ampudia* un lugar en el registro de nuestras artes, si no por su valor artístico ni por su belleza monumental, por su antigüedad venerable, y por ser una de las primeras obras de la arquitectura cristiana del pueblo castellano.

V. GARCÍA ESCOBAR.

UN MONTMORENCY.

I.

EL CORREO.

El 21 de julio de 1652, antes de salir el sol, dos hombres salieron de la ciudad de Pezenas, cuyas puertas estaban aun cerradas para todo el mundo; iban á caballo, y caminaban con velocidad. El de mas edad era un hombre de treinta y cinco años y de airosa figura; bajo el simple traje de un caballero particular, tenia un aire de nobleza que descubria la costumbre de mandar. No hablaba una palabra, y sin duda su imaginación estaba ocupada de graves reflexiones sobre algun objeto importante, porque su vista cambiaba á cada momento de expresión, como la de un hombre que discute consigo mismo. Montado en un magnifico caballo, que no podia pertenecer mas que á un duque muy rico, parecia clavado en la silla; tal era su inmovilidad. Su compañero parecia tener diez años menos; existia entre los dos una gran semejanza, bien que el semblante del segundo tenia una fisonomía enteramente diferente de la del caballero de que acabamos de hablar, y nada, ni grave ni triste, parecia poder alterarle. No cabalgaba con la misma seguridad; se balanceaba sobre el caballo, y le dirigia algunas palabras; miraba de cuando en cuando á su vecino, guiñando los ojos de una manera particularmente curiosa, y al verle profundamente absorto en sus meditaciones, volvia á mirar la vista con fastidio y se ponía á captar un aire de moda. Habia comenzado una canción Berlioz cuando fué bruscamete interrumpido al llegar á esta copia:

Algun día quizá tú mismo te verás privado de esta felicidad, porque la mujer es como una heredad fácil de tomar y difícil de guardar.

De repente el primer caballero abandonó su aire sombrío, y dirigiendo la palabra á su compañero le dijo sonriéndose:

—Yo desmentiré á tu poeta, Duellier; en tres días me haré dueño de Nîmes, de Belesaria, de Montpellier, de Narbona y de todas las plazas de la provincia; y está sin pelear; y una vez tomadas, te juro que yo de Montmorency que no entrará Richelieu si tú no lo mando.

—Así sea, monseñor, respondió el que el duque había llamado Duellier; creo que si el digno cardenal viniera á atacarnos de frente espada en mano, mecha encendida y bandera desplegada, le haríamos andar en un pie á las puertas de nuestras buenas morallas de Languedoc; pero por Dios que tengo mucho miedo á la guerra de espionaje, de puñal, á lo jesuita, con puñal, con verdugo; maneras de vencer que la roja entienda á las mil maravillas.

—Duellier, replicó el duque Henri, tú no ves más que traiciones; con tu aire de confianza y de abandono eres el hombre mas sospechoso que conozco.

—Monseñor, replicó Duellier, Desportes ha dicho en un villancico:

Es fácil engañar al que confía.

—Desportes hablaba de amor.

—Y yo aplico el precepto á la política, replicó Duellier.

—Conque, según tú, replicó, Lleras, Homarí...

—Es un tratado que entrelino á los estados de Languedoc con pretexto de pagos, y que os denuncia al cardenal, que no quiere mas que un pretexto para abatir la única fortuna que al presente en Francia pueda hacer sombra á la suya.

—¡La suya! ¡la fortuna de un Richelieu! replicó Montmorency con desden; yo la destruiré; es necesario que el rey sea el amo; es necesario que abra los ojos, y deje de ser el instrumento de la ambición de su ministro.

—Es posible que os apoderéis del cardenal, que le mandéis ahorcar, porque no es inmortal; pero abrir los ojos á Luis XIII es un milagro que no podría hacer el mismo Jesús en persona; y no está ciego por falta de avisos; debe ser un hechizo sin duda, porque últimamente ha encontrado sobre su almohada el bonito cuarteto siguiente:

¡Richelieu reina en Francia!

¡Viva el rey!

Se come sus rentas.

¡Viva el rey!

Mata á quien le incomoda.

¡Viva el rey!

Se acuesta con la reina.

¡Viva el rey!

—¿Y qué ha dicho Luis? añadió el duque.

—Ha enseñado la carta al cardenal, dándole el pésame porque tiene tan crueles enemigos; y como no se ha podido encontrar al autor de la carta, han enviado á la barra de Brest á los tres criados de servicio que hacen la cama del rey.

—Es una vergüenza semejante gobierno, respondió el duque; si Gaston tiene palabra, libéramos de él á Francia.

—Sí... dijo Duellier levantando los ojos al cielo.

—¿Dudas de la fe del duque de Orleans? respondió el duque.

—De su fe no... de su constancia sí... mejor garantizaría la de Mariana Sillot, de quien soy trigésimo amante, que la de este caballero. Esta pobre Gaston siente lo que dice, pero no tiene palabra.

—¿Quieres disuadirme de mi proyecto? dijo el duque pensativo.

—Yo no quiero nada; haced lo que os agrada. Recordad el día que Soudelle, vuestro capitán de guardias, me llevó siendo muy joven á vuestra presencia. He aquí, os dijo, un pariente lejano que os convida vuestro padre al morir; cuidad de él, ¡ah! respondisteis vos, tendiéndome la mano, Duellier es mi hermano y le trataré como á tal! Y no os cuidásteis de la barra de mis armas para reconocer vuestra sangre; entonces, hermano mío, os di gracias en el fondo de mi corazón, y juré que desde aquel momento se había unido mi vida á la vuestra, dos brazos á los vuestros, y una hoja fija á vuestra espada. Haced lo que queráis: obedeced; pero siempre os repeliré el rebufo de mi villancico:

Es muy fácil engañar al que se fia.

—Gracias, Duellier, respondió Montmorency con una mirada llena de amistad; por lo demás, pronto sabremos á qué á tenernos en vuestras sospechas: ya sale el sol; las puertas de Pezenas se van á abrir, y he aquí un sitio á propósito para nuestra empresa.

Al decir esto entraron en un bosquecillo que había al lado del camino, y se apartaron, sacando cada uno del arzón de su silla un par de

pistolas; se sentaron sobre la yerba, y continuaron de este modo en conversacion:

—Seguramente, dijo Montmorency, el duque me ha sorprendido llegando tan pronto: nada está preparado; y sin el gran golpe que quiero dar mañana, su empresa sería una locura como todo lo que intenta.

—¿Conque estais decidido? respondió Duellier.

—He ahí por donde viene mi decisión, replicó el duque: ¿no has oído el trote de un caballo?

—Sí; pero no viene de Pezenas; al contrario, va; y según el ruido que lleva, tiene prisa por llegar: es un cortejo que Richelieu envía al señor Patricele D'Hemer; lo yo pararé: no me disgusta; de este modo mataremos dos pájaros de un tiro. Tendremos la respuesta y la pregunta á la vez: vamos, voy á tomármela por faquin (1) y á ver si la humildad de la noche no ha penetrado el polvo de mis pistolas.

—No, añadió Henri de Montmorency; es necesario saber antes quien es: quizá es uno de los nuestros.

He aquí el fastidio de empresas como esta, dijo Duellier; en la guerra, en la buena guerra se entiende, lo uno es negro y lo otro blanco; inglés ó francés, se ve al momento; mientras que batallando los unos contra los otros es difícil saber á quien se tira! Y vos mismo en Belcaria no os habeis visto precisado á que vuestras tropas se batan con la camisa sobre los pantalones para distinguirlos de las del duque de la Forcée?

—Hay amigos á quienes se conoce al momento; mira á quien querias hacer un faquin, dijo el duque.

—Dios sea bendito! Es Sourdeilles, vuestro capitán; os trae nuevas de la corte. Y Duellier se puso á cantar á voces:

Mi caballero por aquí
encontráreis mi amigo.

—Eh! Sourdeilles, Sourdeilles!

Aquel á quien llamaban así se detuvo en su rápida carrera, reconoció al hermano natural de Henri de Montmorency, y se adelantó hácia el bosquecillo. Se quedó sobremanera sorprendido de encontrar allí al duque; pero antes que Duellier tuviera tiempo de explicarle por qué habían salido de Pezenas tan de mañana y en semejantes trajes, ya Montmorency le había hecho mil preguntas.

—¿Qué se dice en la corte?

—Nada, respondió Sourdeilles; pero en su interior todos desaprobaban la tutela que sufre el rey; sienten que la reina madre sea sacrificada por su hijo á las exigencias de un ministro, y hacen ardientes votos por el feliz éxito de vuestra empresa.

—Ves, Duellier? dijo vivamente Montmorency; la Francia entera desea su destierro. Después, volviéndose á Sourdeilles le dijo: ¿y el cardenal qué hace? Debe presentir su ruina en este universal descontento.

—O lo ignora ó lo desprecia, replicó el capitán, porque me ha parecido perfectamente tranquilo: sin embargo, no puedo suponer que no sepa lo que se dice tan cerca de él, cuando conoce tan bien lo que se hace en Languedoc.

—¿Te ha hablado pues de mí? dijo el duque.

—Cuatro horas, respondió Sourdeilles. Me ha contado vuestra entrevista con el conde de Moret (2) á quien de mandó su hermano Gaston; me ha dicho los artículos de los señores de la Panza, de Perault, de Heyres y de Saint Bonnet para envolver sus diócesas en la revolución: sobre todo me ha hablado mucho de monseñor Albou Delbenne, obispo de Albi, y de vuestras numerosas entrevistas.

—¿Verdaderamente? dijo el duque. Pues que no podría conversar con un amigo sin ser culpable de alta traición: ¿no te ha dicho nada de la duplicación de los estados?

—Nada, sino que triplicaría las tasas de la provincia si no le era afecto, que es lo que exige de ella.

—Justicia divina! exclamó el duque; después de haber quitado á Languedoc la mejor de sus rentas, hacer semejantes amenazas porque los estados exponen sus dolencias al rey! ¿Es pues un crimen sufrir?

—No, replicó Sourdeilles, pero sí quejarse.

—En fin, añadió Montmorency, ¿qué te ha dicho el rey?

—Que leerá la memoria de los estados...

—Es decir, dijo el duque, que se la entregará á Richelieu, que será el juez de las quejas que contra él se elevan. ¿Pero cuáles han sido las últimas palabras del cardenal?

—Hélas aquí! Decid al duque de Montmorency que no se mezcle en las intrigas de la reina madre y de su hijo Gaston; asegúradle que le han engañado los que le han dicho que soy su enemigo; que jamás soy de los hombres que quieren el bien de la Francia; sino únicamente de los ebrios y de los ambiciosos; que no se fie ni en su

(1) Manique para ejercitarse en tirar al blanco.

(2) Hijo natural de Enrique IV, el hermano de Luis XIII y de Gastón de Orleans.

Este nombre ni es su gran fortuna, si trama alguna traición; que se garantice sobre todo de los malos consejos, y en particular de los de su mujer, á quien llega la adhesión á la reina madre. Decidí que hasta ahora le creo inocente, aunque su conducta sea al menos equívoca; pero que las circunstancias se van haciendo críticas, y que es necesario que se pronuncie altamente. No haré nada en contra suya; pero que él no haga nada en contra mía.

El duque se detuvo en el momento de responderle, y escuchó con atención un ruido que parecía acercarse. Bien pronto se distinguió el galope de un caballo, y Duellier dijo á media voz:

—He aquí nuestro hombre sin duda!

Y al momento preparó sus pistolas y se adelantó de árbol en árbol hasta el borde del camino, mientras que el duque espichaba á Sourdeilles el objeto de su expedición. En el momento en que el correo que venía de Peronnas á toda rienda pasó por delante del bosque, se oyó un pistoletazo, y el caballo herido rudo por el suelo con su caballero. Antes que estuviera tiempo de levantarse, ya Duellier le había puesto la segunda pistola al pecho, y le obligó á seguirle al sitio en que estaba

Sourdeilles, que se había alejado hacia un poco, volvió con la silla del caballo herido.

Si D'Hemeri, dijo, escribió al cardenal cosas que solo él debía ver, según es que no ha escogido á un hombre como este para guardar sus secretos. He aquí un confidente á quien no se interroga, á quien no se define, á quien no se soborna; busquemos en él, y encontremos el secreto si le hay. Y arrojó su carga en el suelo.

Duellier empezó á pinchar la silla con la punta de la espada, y debajo del doble cuero con que estaba cubierta encontró al fin papeles. El correo fué el único á quien sorprendió este descubrimiento. Montmorency tomó con ligereza de mano de Duellier los despachos secretos, y leyó lo siguientes:

—Monseñor:

«Como os he dicho en mi última carta, las circunstancias son críticas: la provincia está más que nunca sujeta á M.; el duque ha tenido hasta ahora la habilidad de no hacer marchas que según las circunstancias pareciesen tener distinto fin. Ha hecho levantar y completar los regimientos de Pami, de Languedoc, de BLEUZ, de Peronné que le



el duque. El desgraciado que acababa de ser detenido de este modo, se arrojó al pronto de rodillas pidiendo favor y ofreciendo su dinero á sus agresores; pero reconociendo bien pronto en qué manos había caído, se tranquilizó y respondió á las preguntas que le hizo el duque. Confesó que pertenecía al señor Pratselle D'Hemeri, intendente de hacienda, y que iba á llevar papeles de gran importancia al cardenal Richelieu. Le pidieron los papeles, que entregó sin dificultad; y el duque, ayudado de Sourdeilles y Duellier, los revisó con cuidado; pero no encontró ningun indicio de lo que buscaba. La mayor parte eran procesos verbales de las sesiones de los Estados: estaban allí los nombres de los diputados que se oponían á las ordenanzas y al establecimiento del derecho, más bien como una relación fiel que como una delación.

—Duellier, dijo Montmorency después de ese examen, bien ves que D'Hemeri nada sabe ó nada dice.

—Sin embargo todo se sabe en Paris, y es preciso que alguien hable; además, no hemos registrado á este hombre; y si tiene algun mensaje secreto, lo llevará escondido.

El correo protestó que había entregado cuanto llevaba. Duellier le hizo desnudar enteramente uno tras de otro sus vestidos para ver si había algo cosido en los forros, y no encontró nada. En este momento

son afectos, y estan dispuestos á seguirle adonde se dirija. Después de vuestras órdenes he querido hacerlo prender por una partida que mandaba yo mismo en un último viaje á Montpellier; pero iba tan bien acompañado, que ha sido preciso resignarse á dejarle pasar después de cumplimentarle.

—El gran cobarde! exclamó Duellier interrumpiendo la lectura de la carta; éramos tres que una docena de ginetes sin mas armas que nuestras pistolas y nuestras espadas, y les encontramos un número de mas de ciento con los arrebucos encendidos.

Sourdeilles le hizo seña que callase, y al duque continuó:

«No pierdo la esperanza de apoderarme de él: mis espías no dejan de seguirle; y si tiene la imprudencia de alejarse de Peronnas sin escolta, estará en vuestras manos antes que la provincia se opona de su desparición. Este gran golpe hiere la máquina de M., y cae de repente; solo ré oye algunos partidarios, prometiendo que el duque será de su partido y con él todo Languedoc. Abalar á Montmorency es abalar el partido de la reina madre y de M. Esto es lo que se necesita hacer; pero para conseguirlo es preciso ganar la confianza del duque, atraerle con el aliento de una conciliación lejos de Peronnas, y entonces con algunos hombres decididos yo respondo de él; para

vos solo podeis hacerle proposiciones á este fin: de mi no las admitiré ni á causa de su desconfianza ni á causa de la desproporcion de rangos. Comenzad pues; yo acabaré: si podeis determinarle á que vaya á la Lartour, es cosa hecha; la ciudad es de las nuestras; creo que tendrá gran confianza en el mariscal de Chastillon; encargad á este la entrevista sin advertirle nada, porque sería capaz de delatar la emboscada. Por mi parte estaré dispuesto, y después de hecho el negocio se dejará gritar al viejo mariscal, y con esto se quejará.

El duque miró á Sourdeilles y Duellier, que no pudo menos de exclamar:

—Ah maestro Patrecelle señor D'Homeril no hay en Pezenas una buena cuerda, ó esta tarde te cuelgo con mis manos de la puerta del castillo.

—No es él, exclamó el duque, no es él quien merece la cuerda! es ese condado de cardona; y á fé mia, si tú te encargas del criado, yo tengo valor para apretar el cuello al amo. Ah Richelieu! que te tengo á la punta de mi espada, y te la meteré á fé de Montmorency y hasta el pomo.

—Silencio! dijo Sourdeilles; estas palabras pueden ser una sentencia de muerte.

—Para mí quizá que la pronuncio; no es verdad, Sourdeilles? dijo el duque con desden.

—No, respondió el capitán señalando al correo, para él que las oye

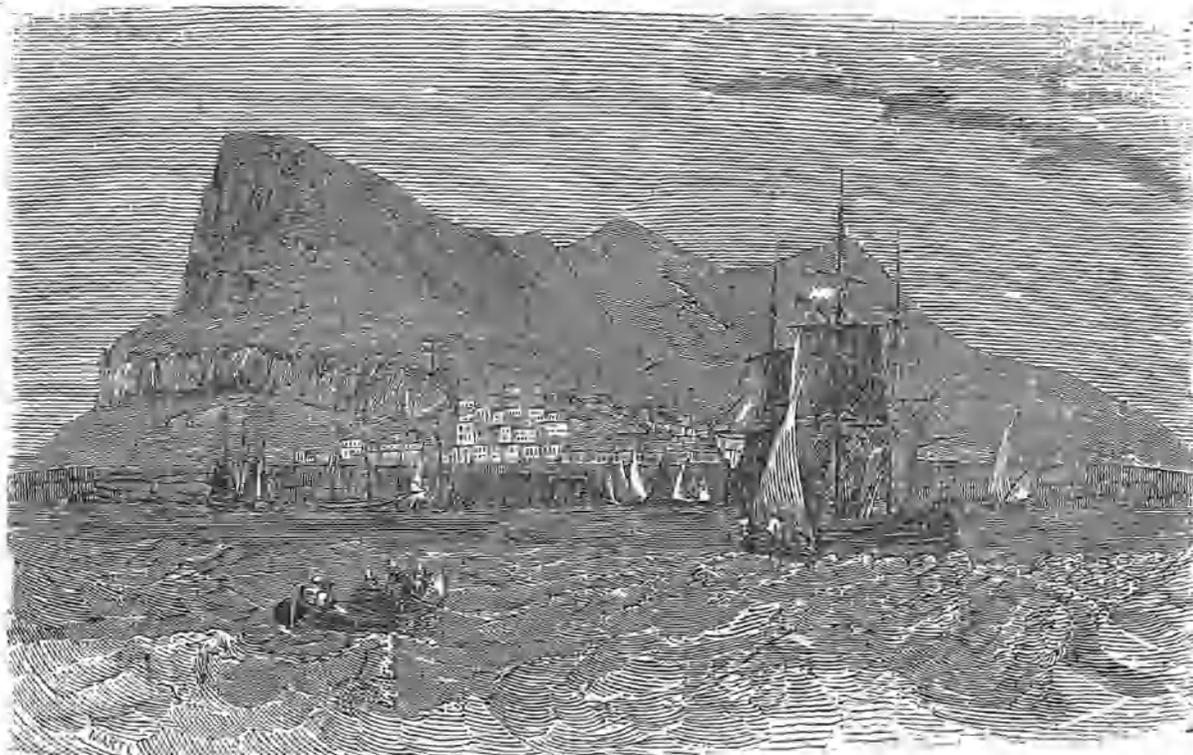
—Tienes razon, replicó Duellier, hemos hablado demasiado.

Y sin decir nada mas descargó su segunda pistola en la cabeza del desgraciado mensajero; y en seguida los tres volvieron á tomar á trote largo el camino de Pezenas.

II.

EL JESUITA.

La noche misma de este día había una numerosa asamblea en casa de Alfonso Delbenne, obispo de Albi; un gran número de diputados de los estados estaban allí reunidos, y entre ellos se distinguía por su aire afanoso Guillemin ó Guilleminet, como le llamaban los niños á causa de su poca estatura. Cada uno de los presentes había sido llamado por un mensaje secreto y para un negocio urgente; de modo que se habían formado muchos grupos en todos los rincones de la sala, y en ellos se hablaba con calor del estado de la provincia y de la llegada de M. Tambien se procuraba adivinar el motivo de la reunion, cuando apareció el dueño de la casa acompañado de tres personas muy afectas de Montmorency. Dos nos son ya conocidas, Sourdeilles y Duellier; el tercero era un sacerdote de alegre apariencia, el padre Arnoux, de la orden de Jesús, confesor del duque y su afecto servidor. Apenas



(Monte Calpe.)

entraron reinó el mas profundo silencio, y Alfonso Delbenne tomó asiento en un sillón elevado sobre un estrado. Sus primeras palabras fueron para dar gracias á los diputados por su puntualidad en asistir á su llamamiento; en seguida les contó cómo un correo dirigido al cardenal había sido atacado por los brigantes, que le habían robado cuanto llevaba, desdenándose coger los papeles que unos paisanos habían encontrado y entregado á monseñor Montmorency, que acababa de mandarlos.

El padre Arnoux, que había escuchado todo el relato con una atencion profunda, volviéndose á Duellier con una sonrisa irónica, le dijo en voz baja:

—Está bastante bien ideado.

—Es la pura verdad, replicó Duellier mirándole desdeñosamente con los ojos medio cerrados.

—Precisamente, replicó el jesuita; pero esto no estorba que hayan pensado muy bien los paisanos en entregar los papeles á monseñor. ¿De qué tratan?

—De un tratado que haré con mis propias manos si Enrí me lo permite, replicó Duellier mirando al padre cura á cara.

—Está muy bien pensado, le contestó con voz cariñosa; pero escuchémos á monseñor Delbenne.

—Si este jesuita tiembla ó palidece al oír una sola de las palabras de

la carta, le asesino al instante, dijo por lo bajo Duellier á Sourdeilles.

No se puede asegurar que el padre Arnoux entendió esta palabra, porque su fisonomía se quedó inmóvil y tranquila como de costumbre: únicamente apoyó la espalda en la pared, y bostezando de un modo muy poco cortés dijo bastante alto:

—Ah! he comido mucho: á dormir.

Y estendió negligentemente sus piernas; ensayó recostar su cabeza después á la derecha, luego á la izquierda, y por último, apoyándola en un justo equilibrio sobre su pecho, se quedó tranquilamente dormido. Sus vecinos, que habían seguido sus movimientos, se sintieron, cuando se oyó de nuevo la voz de Alfonso; y empezó la lectura de la carta sorprendida por Montmorency. A cada frase era interrumpido por las exclamaciones de los diputados, y sobre todo por las del escribano Guillemin, que no encontraba espicio bastante fuerte para el que había denunciado de aquella manera al duque, bienhechor de la provincia, el mas defensor de sus franquicias y libertades. Durante toda esta lectura, Duellier no dejó de mirar al jesuita, y redobló su atencion cuando la carta D'Homeril, de que no habían leído mas que una parte, hablaba de los medios de espionaje que empleaba para conocer el secreto de los conciliabulos de los diputados. En aquel momento, como si el reverendo padre hubiera experimentado un sofoco, dejó escapar un prolongado suspiro. Bue-

—Le le miró con la mayor atención; pero en semejante permaneció tranquilo; el suspiro se perdió en un largo suspiro, y el buen padre murmuró entre sus labios:

—No! he comido mucho: á dormir...

—En verdad, dijo Sourdeilles á Duellier, no sé de dónde le viene la idea de sospechar de este gaton; jamás le he visto más que comer y dormir, y estas no son cualidades de un buen espía.

—Creo que tienen razón, considerando la cándida figura del jesuita.

En aquel momento el obispo de Albi continuó su lectura; se descubrió en la carta por qué astucias se burlaban de los estados y de sus reclamaciones; dilatando de día en día su cumplimiento, hasta que se fastidiaban ó hasta que se pudiesen reunir suficientes fuerzas para hacerles obedecer. En fin, en medio de la sorpresa general Alfonso llegó á este párrafo terrible: «En cuanto á las tramadas secretas de los diputados de los estados, haos en mí; tengo en sus más íntimos consejos un espía esperto en ésta materia, siempre con el ojo alerta y el oído aguzado, y que no deja pasar la menor palabra ni el gesto menos significativo.» Alfonso se detuvo después de estas palabras, y cada uno en medio del más profundo silencio, mirando con inquietud á su vecino, parecía querer adivinar el traidor en el que tenía al lado, cuando un gruñido pronunciado á traajo todas las miradas hacia el padre Arnoux, que estaba sentado en su banco con los brazos tendidos, y soplando con toda la fuerza de sus pulmones. De repente los diputados, olvidando su primer terror, se echaron á reír, y el señor de Guillemin que no desperdiciaba ninguna ocasión de divertirse y de meter ruido, se puso á decir con una terrible alegría gascona, y cogiendo al padre Arnoux por el cuello:

—¡Por el diablo yo tengo el traidor; es preciso que le aprete el pescuezo... y le apretó con todas sus fuerzas. El padre Arnoux despertándose asustado y medio ahogado por la chanza del escribano, se pasó dos ó tres veces la mano por el cuello, como para restablecer la libre circulación del aire, y después pasando por la asamblea una mirada casi dormida y embotada, dijo con trabajo:

—Decididamente he comido mucho: á dormir!

Esta reflexión fué la señal de una risa universal. Alfonso Delborme dejó á este acceso de alegría el tiempo suficiente para calmarse, satisfecho de este incidente que no había dejado á los diputados lugar de enregarse á sus temores, y después aprovechando el primer momento de calma los habló así:

—Señores, sin duda hay traidores entre nosotros; pero sé un medio seguro de burlarme de sus infames delaciones, y es tomar todas nuestras resoluciones públicamente; armados como estamos de esta carta, neguemos abiertamente el otorgamiento de tasas á los comisionados del rey; ó mas bien á los comisionados del traidor cardenal, y hagamos gobernador á monseñor Montmorency hasta que se atiendan nuestras reclamaciones.

—¡Sí! ¡sí! gritan por todas partes.

—Y es necesario recibir á M. en la provincia, añadió Guillemin, para que restablezca el buen orden y marcha del estado.

—¡No! ¡no! exclaman algunos diputados; esto sería rebelion y crimen de lesa majestad.

—¿Pero el duque aceptará el otorgamiento en su nombre?

—Le aceptará en nombre del rey, respondió Sourdeilles, y por interés de su causa compróndela por la mala administración y la exacción de su ministro Richelieu.

—Y estamos aquí los tres para tranquilizaros sobre su palabra, Sourdeilles su capitán de guardias, su reverendo padre confesor, y yo Duellier su hermano natural.

Después de esta declaración los diputados encargaron á Alfonso y á Juan de Saint-Bonnet, obispo de Nimes, redactor de las proposiciones de convenio con los enviados de Montmorency. Inmediatamente después la asamblea se disolvió, y la mayor parte de los diputados, en lugar de entrar en su casa, se extendieron por la ciudad para animar á los indolentes, alentar á los tímidos y amenazar á los partidarios del cardenal. En el momento de quedarse desierto la sala, el padre Arnoux se levantó y se dispuso á salir.

—Adónde vais pues? le preguntó Duellier.

—Voy á acostarme, respondió sencillamente el jesuita; he cenado mucho y tengo el estómago algo malo.

—Dejad á ese abdomen que vaya á dormir, dijo el obispo de Albi con desprecia; ¿de qué puede servirnos? Y después añadió cuando el padre Arnoux se retiraba después de haber hecho un humilde saludo:

—Cómo puede tener el duque á su servicio semejante alcazarán!

—El duque desea únicamente que el confesor sea rudo.

—Ya sé, ya sé, dijo Delborme; el jesuita le para una muchacha bonita por cada buen bocado que traga; este es su cuidado; pensemos en el nuestro.

Al momento pusieron manos á la obra. Durante este tiempo el padre Arnoux bajaba la escalera de la casa con lealtad y cachaza; pero

apenas estuvo en la calle, si pasó llegó á ser tan rápido, que hubiera costado trabajo seguirlo. La idea que le ocupaba le dominaba de tal modo, que muchas veces dejó entrever su preocupacion en palabras entrecortadas.

—Oh monseñor Delborme! decía: incansable con raquete, gendarme con sotana. Dios te guarde del alcazarán! ó no soy jesuita, ó el alcazarán comerá tu cabeza, monseñor. Pero ese D'Hemerí, otro traidor... Ah señor D'Hemerí, el espía os venderá muy caro su espionaje. Este villano, cuya fortuna estoy haciendo, que hable como lo hace!

En este instante se encontró enfrente de una alta casa en que brillaba con una luz; llamó á una puerta baja, y un criado que parecía puesto en aquel sitio para esperarle, abrió inmediatamente. El jesuita le siguió, y fué introducido en una cámara suntuosa. Un hombre con bata y con los pies entre pieles, á pesar del calor de la noche, estaba sentado delante de una mesa y escribía; hizo seña al padre Arnoux que se sentara, y concluyó con una suma que tenía empezada.

—Resultará, dijo, un beneficio de 5.866.000 libras con la supresion de los delitos y de sus cargas.

—Qué, dijo el jesuita, ganará la provincia tanto con la supresion de estos administradores?...

—No, respondió D'Hemerí, no es esto; calculo que se podrá hacer justicia á las quejas de los estados destruyendo la carga de los electos; pero como el asentista de la tasa de Langueac se ha tomado por su cuenta y las paga, justo es que la provincia le reintegre.

—Pero si se suprimen las cargas, el asentista no pagará á los que de nada le sirven?

—Y por esto calculo que el asentista encontrará un beneficio de 5.866.000 libras en este arreglo; es una idea que se me ha ocurrido ayer, y que voy á trasmitir al cardenal, que pueda sacar buen partido.

—¿Y vos tambien sin duda? dijo el jesuita.

—Yo, dijo el intendente de hacienda sonriéndose financieramente, doy mis ideas por lo que valen.

—¿Y vos no me las dais mas que por esto? dijo el padre Arnoux; ¿el asentista lo sabe, supongo?

—Eh! eh! eh! respondió el intendente de hacienda; puesto que os digo que mañana escribo al cardenal...

—¿A propósito, añadió el jesuita, ¿no le habeis enviado un mensajero esta mañana?

—Seguramente, dijo D'Hemerí.

—Supongo que no habeis olvidado vuestra promesa, continuó el sacerdote con una amable sonrisa de confianza, y que le habeis hablado de mi adhesion á su causa...

—¿Cómo pues? exclamó D'Hemerí; le hablé de vos en los términos más apremiantes.

—Y vos le habeis inspirado tambien la idea... vos habeis... la idea... dijo siempre sonriendo el afable jesuita.

—Seguramente; Alfonso Delborme no puede conservar su silla, y os he designado como á la única persona capaz de ocuparla dignamente.

—¿Y vos me habeis nombrado á su eminencia, no es verdad? continuó el padre Arnoux con esa mirada indagadora de un hombre que teme que hayan olvidado alguna de sus pretensiones.

—Eh! el cardenal no ve otra cosa que vuestro nombre en mis cartas, dijo el señor Patricele; le pongo en todos los renglones.

—Gracias, dijo el jesuita; porque si le habeis escrito en una sola página, apostarí cualquier cosa que no podría decirse que mentáis.

—¿Qué queréis decir? replicó el intendente con aire de orgullo.

—Os diré, replicó el jesuita, que habeis creído justo adelantarme todos mis secretos para hacerlos un jodo con el cardenal, mientras que yo no era mas que un espía esperto en ver y advertir, al cual debían sin duda dar algunos escudos por su trabajo.

—No os comprendo, exclamó el financiero, estopecheto de la palabra espía que habeis empleado en su carta, y que la anunciaba bastante que era conocida.

—No comprendereis mejor, añadió el sacerdote con tono melindro, cuando os diga que me hace falta inmediatamente una carta vuestra para el cardenal, en la que le deis una cuenta exacta de todo mi servicio.

—Pero si os digo que es cosa hecha, respondió el financiero.

—Entonces, dijo el jesuita levantándose para salir, no os traéis si os aborcan mañana.

—A hacer! exclamó D'Hemerí saltando del asiento sobre el padre Arnoux, y agarrándose á él con todas sus fuerzas... aborcar! ¿pero cómo es eso?...

—A té mia, le dijo este, con una cuerda y una horca.

—Pero por qué, Dios mio! por qué?

—Ah! he aquí mi secreto! y este dando, dando, replicó el sacerdote.

—Hablar, dijo D'Hemerí, que al instante mismo tendréis la carta.

—Dárnosla y hablaré: tanto peor para vos; pero me habeis enseñado á hacer ajustes. No doy mis secretos por lo que valen.

—Y bien! replicó el financiero, si os doy esta carta me salvaréis?...
—No: ese es otro negocio: primero la carta para saber por qué quieren ahorcaros: después trataremos de salvaros....

—Ahorcar! ahorcar!., repitió muchas veces D' Hemeri... pero miserable, ¿hablará?

—Es tan difícil como escribir, dijo el jesuita; y á vos os toca sufrir el martirio.

D' Hemeri se pasó algún tiempo por su habitación en una cruel agitación; después se sentó delante de su mesa y dijo de repente con cólera:

—Y bien, veamos: ¿qué hace falta que escriba?

—Bien lo sabéis, dijo el padre Arnoux con tono insinuante; son cosas que yo no puedo dictar; mi modestia no me permite hacerlo. Sin embargo, me habéis dicho que prometierais las más bellas recompensas al que entregase los secretos de Montmorency: algunas veces me habéis complimentado por mi talento, y me habéis predicho una gran fortuna: últimamente os ha costado mucho trabajo hacer callar los escrúpulos de mi conciencia, y solo lo he conseguido mostrándome una placa en que podréis sujetar por mi autoridad á los súbditos del rey á su obediencia; un día me habéis asegurado que la diócesis de Alve infestada de irreligionarios como él, necesitaba una mano firme para prevenir la revolución... ¿qué sé yo? hallais tan bien recordar todo esto...

—Está bien, está bien, dijo D' Hemeri escribiendo: hé aquí, ya está hecho; y entregó su carta al jesuita, que después de haberle indicado algunas correcciones, la dobló y la guardó en su bolsillo.

—Y ahora? dijo D' Hemeri.

—Ahora, hé aquí por qué os ahorcarán.

Y entonces le contó el arresto del correo, y la Junta habida en casa del obispo de Alve.

—Estoy perdido! exclama el financiero; el duque me va á hacer arrestar; me puede hacer ahorcar... hacerme ahorcar!...

—Eso es lo que yo os decía, respondió el jesuita.

—Quién me salvará escribiendo el financiero recorriendo su habitación á pasos agigantados. ¡Ah miserable embustero! si tú me hubieses dicho esa salida del duque, le hubiera hecho prender esta mañana, y todo se habría concluido, y yo os haría superintendente.

—¿Y yo? le dijo el sacerdote dulcemente.

—¡Ah! qué no te hubiera nombrado en aquel maldito despacho! y te ahorcarían, miserable espla.

—Me ahorcarían con vos, mientras que ahora os ahorcarán á vos solo. Dios castiga la traición, señor Patricello; tanto peor para vos.

—Pero qué hacer! ; Dios mío, qué hacer!... replicó el financiero dejándose caer sobre su silla con desesperación.

—Buenas noches, le dijo el jesuita saludando y saliendo.

—Padre Arnoux! exclama D' Hemeri; por favor, mi buen padre, mi amigo, no me dejéis así... salvadme, salvadme! Y se echó sobre el jesuita, y se agarró de nuevo á sus hábitos... exclamando: ¿qué queréis? ¿qué queréis?

—Nada, menos que nada, dijo el reverendo padre, una segunda carta...

—¿Para quién? dijo D' Hemeri.

—Para el asientista... dos palabras, una orden de entregarme la cuarta parte de la cantidad en que habéis valuado vuestra idea sobre la impresión de los elegidos: la cuarta parte de un negocio de un intendente de hacienda debe ser una fortuna para un jesuita.

—Al instante, al instante, respondió D' Hemeri; y en el momento entregó al reverendo un bono de 2,000 libras... ¿y ahora, amigo mío, qué debéis hacer?

—Dominar en paz, respondió el jesuita. Y sin esperar la respuesta del financiero, sin detenerse á sus gritos, salió de la habitación y volvió á casa del duque.

III.

LA DERROTA.

Un mes después de estas diversas escenas que acabamos de referir, una docena de caballeros en traje de combate con casco y coraza estaban reunidos en un lugarecillo cerca de Castelnaudary á orillas de Fresque. La discusión parecía animada, pero únicamente tres de los presentes parecían tomar parte en ella: eran Gaston, hermano de Luis XIII, Montmorency y Meternich. Este era un canónigo de Lieja que mandaba dos mil caballos que él, había tomado á su servicio, y á los polacos caballeros destinados para la guardia de su persona. Gaston era el que hablaba.

—No os comprendo, Montmorency; ó habéis exagurado mal las tropas de Schomberg, ó es un golpe de mano que es preciso no dejar escapar. El decir que no cuenta más que 200 caballos, seis compañías de infantería de 30 hombres cada una, y 400 mosqueteros de guardias, tropa que por tener pretensión de batirse á pié y á caballo, no se batan de ningún modo: y órdale atacarles cuando tenemos

2,000 infantes, 3,000 caballos, más de 500 voluntarios y tres cañones? ¿Cuáles son vuestras razones? ¿No puedo contar con vos?

—Monseñor, replicó Montmorency con aire de disgusto, os he dado suficientes si queréis comprenderlas. Sin embargo, os diré además que por desgracia he debido recibirlos en Lenguedoc antes de haber lomado enteramente mis medidas: de esto ha resultado que muchas villas en donde podía haber puesto guarnición cuando no sospechaba nada de vuestra inteligencia, nos han cerrado las puertas cuando han visto por vuestra llegada que se trataba de una rebelión abierta. Os he dicho que no tenemos ayuda en el país, y que á escepcion de Alve, que posee el condado de Moret y de Bazieres, no tenemos ninguna plaza importante en nuestras manos. Os recordaré que en esta situación nos pierde la menor desgracia. Ya los cinco mil napolitanos que debían desembarcar en Rosellon han roto su marcha al saber que se acercaba el rey: Marsiac, á quien habéis dado mil doscientos escudos por apoderarse del castillo de Saint-Félix, acaba de entregarle á Schomberg, mediante diez mil libras: Alfonso Delvanni se ha hecho batir por el mariscal de La Force, y Monseñor de Saint-Bonnet no ha podido conservar á Nimes. Por vos mismo habéis podido juzgar cuánto han enfriado estos reveses el ardor de nuestros mejores partidarios: juzgar el efecto que produciría hoy una derrota.

—Pero es una victoria la que perdemos, replicó Monsieur con impaciencia...

—Quizá, replicó el duque; sin embargo, aunque estoy dispuesto á obedecer las órdenes de V. A., no dejo de persistir que es más prudente dejar aquí mil caballos para entretener á Schomberg, y dirigirnos sobre Castelnaudary, que dista una legua de aquí, apoderarnos de él, y fortificarlo de una manera conveniente: después veremos.

—Comprendo los designios del señor Montmorency, dijo el canónigo con acento alemán: le será más fácil negociar la paz con Richelieu detrás de las murallas de una plaza fuerte, que en campo raso.

—Caballero, le dijo el duque mirándole fijamente, si hubiera querido hacer esta villanía y obrar por mí solo, no estaríais aquí para decirme, y Monseñor de Orleans tampoco podría oír hablar de este modo de un caballero francés por un soldado asalariado sin imponerle silencio.

—Sin duda, sin duda, Montmorency, os debemos la entrada en Lenguedoc; lo sé, dijo Gaston; pero aun una vez, ¿por qué rehusar esta batalla? Si la pérdida de alguna de vuestras esperanzas ha desanimado á los nuestros, una victoria les alienta.

—Monseñor, añadió Montmorency, os lo repito por última vez, una derrota os anonada y de nada os sirve una victoria. Suponed que batís hoy á Schomberg; á los tres días es preciso derrotar al mariscal de La Force. Y suponiendo que lo consigais, se os echará encima el rey con 50,000 soldados, á los cuales no podéis oponer más que un puñado de hombres debilitados por las dos primeras victorias. En lugar de que apoderándoos de Castelnaudary, de Narbonne y de todas las villas del contorno, tenéis tiempo de insurreccionar todo este país. Por último, podéis evitando un combate decisivo estableceros en una plaza fuerte, sostener en ella un sitio, y tratar entonces á vuestro antojo las condiciones de la vuelta de Richelieu: porque no olvidéis, monseñor, que no hacemos la guerra al rey sino á su ministro.

—¿Mal medio! exclama Gaston. ¿No hemos propuesto un arreglo al cardenal hace quince días? ¿y no nos ha vuelto á enviar á Candiac sin dignarse escucharle?

(Continuara.)

LA NIÑA ABANDONADA.

¡Ni aun sueño una ilusión! ; Ni cuando dorá el nuevo sol la altísima montaña al sonreír la aurora, calma mi padecer! De mi cabaña salgo, y al pajarillo escucho que modula tiernas sonas, y que saltando va de rama en rama y lleva á sus hijuelos el sustento... ¡Lloro entonces de pena y sentimiento! ; Infeliz! ¿Qué debíais para no tener madre he cometido? ; Por qué no soy igual al pajarillo, cuyo tranquilo nido ondea entre las ramas del arbusto?... Nada en el mundo, nada hay que posea; que la suerte mostrarme cómo adusto dejándome sin madre y aun sin cuna, pues soy una infeliz abandonada y he sido desdichada cual ninguno.

Yo nunca acariciada
he sido de una madre en dulces lazos;
de sus tiernos abrazos
jamás gusté la dicha... ¡infortunada!
que ni en el valle, joven ni aldeana
hay que quiera llamarme dulce hermana...
y si suelo mirar la piedra fría
en donde dió principio dolor tanto,
hallar pretendo la señal del llanto
que vertiera tal vez la madre mía.
Catorce primaveras he llorado
lejos del seno que de sí me ha echado...
¡Cielos! ¡Termine ya pensar tan fiero!
Madre mía, volved, que aquí os espero,
en esta piedra do me habeis dejado.

L. E. G.

A CUBA.

REDONDILLAS.

Allí do se oculta el sol
en los mares de Occidente,
una comarca hay riente
bajo el dominio español.

En su paterna bondad
para el humano, Dios quiso
darle en ella un paraíso
de paz y felicidad.

El Atlántico anchuroso
en derredor la circunda:
y el padre Sol la fecunda
con su fuego generoso.

Y no hay suelo mas galán
ni cielo mas bonancible,
que los que ostenta apacible
la fértil Cubanarán.

En el monte y la llanura
y en el valle y en la playa,
compitiendo en pompa gayá
y en pujanza y donosura,

Vense el cedro embalsamado
que el renombre al de Asia roba;
y la jaspeada caoba
junto al roble levantado.

Aquí el naranjo aromoso
de blanca flor siempre altiva;
la ceiba allí crece altiva
á par del margo frondoso.

Y el mamei de ácido gusto,
y la guanábana verde,
y el plátano que se pierde
bajo su manto vetusto.

Aquí el caféto lustroso
con sus hojas barnizadas;
allí las rojas granadas
y el tamarindo gustoso.

Y dulces caña verales
coronan llanos y riscos,
con dátiles berberiscos
y palmeras tropicales.

En fin, dan muestras opimas,
ricas de esencia y colores,
plantas, y frutos, y flores,
de mil apartados climas.

Y en los senos espaciosos
de sus profundas entrañas,
se funden piedras extrañas
y minerales preciosos.

Que con pródiga largueza
de tanto y tan vario fruto,
da allí espontáneo tributo
al hombre naturaleza.

Profundos y claros ríos
bajando desde el altura,
dispensan grata frescura
á los bosques y plantíos.

Y pueblan llanos y montes,
y recuestos y cañadas
lótolas enamoradas
y dulcísimos sinsontes...

Pues este ameno pensil,
esta tierra afortunada,
hoy es presa codiciada
de la perfidia mas vil.

Una facción borrascosa (1)
de un pueblo rico y pujante,
en su ambición devorante
pretende invadirla ansiosa.

¿Acaso con noble fin
viene á este suelo fecundo?
—¡Mueven su empeño iracundo
la matanza y el botín!

Truenas contra los tiranos,
odias la guerra homicida,
¿y te bañas, fementida,
en sangre de tus hermanos?

De tus afanes prolijos
mengua solo has de sacar.

—¿Sabes lo que es separar
á una madre de sus hijos?

Dices que el hispano yugo
quiere romper el cubano.

—¿Pugnará contra su hermano
para unirse á su verdugo?

No se vió tal ceguedad
en hidalgos corazones,
—no ¡son torpes invenciones
del encono y la maldad!

¿Cómo habrán de hallar, ilusos,
por efímeros rencores,
de sus ilustres mayores,
sacras leyes, caros usos?

¿Ni cómo su corazón
sufrirá la torpe mengua
de olvidar su hermosa lengua,
de vender su religión?

Sus nombres desventurados,
en nuestra historia malditos,
unieron al de proscritos
el baldon de renegados.

Y á su ciega ingratitud
fueran digno galardón,
mortandad, devastación
y oprobiosa esclavitud.

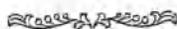
¡No!—En esta tranquila tierra
del cielo favorecida,
á quien con rabia homicida
mueves tan injusta guerra,

Contra tu intento traidor,
para vencer tu maldad,
hay la cubana lealtad
junto al hispano valor.

En vano pues á esta tierra
de su Criador tan querida,
piensas traer, atrevida,
la devastadora guerra.

Que á defender nuestro honor,
por nuestros santos derechos,
prontos estan nuestros pechos.
—¡Pugne Dios con el mejor!

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.



(1) El autor respeta como el que mas la parte sensata de la poblacion de los Estados-Unidos. Sus versos se dirigen á los que han excitado, suscitado y victoreado las escandalosas invasiones que ha sufrido aquella hermosa Antilla, con menaspresio de los tratados, de la moral y fe pública, y de la santa justicia, una é igual en todos los tiempos y países.